

# BELLA NÀPOLES

EL CAFÉ DE LOS POETAS MUERTOS  
*...y otras historias cotidianas*



Marvin Galeas

# BELLA NÀPOLES

EL CAFÉ DE LOS POETAS MUERTOS

www.elsalvadorebooks.com

*Bella Nápoles: el café de los poetas muertos  
...y otras historias cotidianas*

Colección HISTORIAS COTIDIANAS, volumen 1

Marvin Galeas

Copyright © 2018

Todos los derechos reservados.

#### EQUIPO EDITORIAL

Edición general: Sandra Mirza Echeverría

Coordinación editorial: Jeannette Galeas

Editor adjunto: Carlos Clará

Diseño digital: Eunice Hernández

Diseño de carátula e ilustración: Andrea González

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de los herederos. Esto incluye, pero no se limita, reimpressiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción.

Publicado en San Salvador, El Salvador, por:

www.elsalvadorebooks.com

ISBN 978-99961-989-6-0

Primera edición / Septiembre, 2018

**BELLA  
NÀPOLES**  
EL CAFÉ DE LOS POETAS MUERTOS  
*...y otras historias cotidianas*

Marvin Galeas

# Contenido

Dedicatoria.....	7
Bella Nápoles: el café de los poetas muertos.....	9
Estela cansada de guerra.....	12
El último <i>hippie</i> .....	16
Regina y Eliseo.....	19
Gol de Maradona .....	22
¿Quién mató a Héctor Pérez?.....	24
Tres libros rojos .....	32
La casa de los Perla.....	35
El asesino de vaqueros.....	39
Amadas mentiras.....	42
El catedrático de la zurda .....	45
Jim Morrison.....	49
Bolero .....	52
La última noche de Plutarco Joya.....	56
Conectados por siempre .....	60
La vida sin Blacky .....	63
La fugitiva .....	66
Boleto para el infierno .....	69
La increíble historia de Amanda .....	73
Auge y caída de Lito Canales .....	76
Pablo Escobar.....	79
El nombre de mi hija.....	83
Caderas de fuego .....	87
Una araña en el arco .....	90
Woodstock .....	93
El gran contador de historias.....	96

Leer .....	100
El patrón del mal.....	102
La mala noche de Valentina .....	105
Amores perros .....	107
El fútbol por radio.....	110
Sangre en el paisaje.....	113
Las palabras.....	116
Sugar, Sugar.....	119
María de los guardias.....	122
La gata sobre el tejado ardiente .....	125
El pacto de sangre .....	129
Un ángel en la autopista .....	133
Los poetas tenían razón.....	136
La Virgen de Candelaria .....	139
El Señor de los Relojes.....	142

*There are places I'll remember  
All my life, though some have changed,  
Some forever, not for better,  
Some have gone and some remain.*

*All these places have their moments,  
With lovers and friends I still can recall,  
Some are dead and some are living,  
In my life I've loved them all.*

Paul McCartney

*A Jaime Suárez, Nelson Brizuela, Roberto Saballos, Moris Abelardo Meléndez, Mauricio Vallejo, in memoriam.*

*A Dagoberto Reyes, Geovani Galeas, Gilda Lewin, Pedro Portillo, Godofredo Carranza, Edgardo Valencia, Fernando Zaldívar, Leo Argüello, Saúl López, Fidel Cortez y Sergio Kristensen.*

*A los que llegaron de vez en cuando y tomaron un café, escucharon un poema y se fueron para no volver a ninguna parte.*

*A las meseras que se volvieron cómplices y testigos, a ellas que ya sabían quién era quién y guardaron silencio en tiempos que saber callarse ante los jinetes de la muerte era un acto de valentía y solidaridad sin límites.*

*A los asiduos a las otras mesas: los de la orquesta sinfónica, los cineastas, los periodistas, los vendedores de cualquier cosa, las secretarias de los negocios cercanos, los futbolistas, los que llegaron y nos vieron y no nos olvidaron ni a los sobrevivientes ni a los que se marcharon para siempre.*

*A los que alguna vez, clandestinos, planificaron actos heroicos.*

*A los fundadores de ese rincón lleno de magia, poesía y conspiración.*

MARVIN GALEAS



## Bella Nápoles: el café de los poetas muertos

¿Acaso perdimos para siempre el centro de la ciudad? ¿Quedó condenado a ser para la eternidad ese territorio de nadie, revoltijo de ventas y de miradas perdidas; calles que después de cierta hora son pasarelas de prostitutas, travestis y maleantes, donde la vida no vale nada? No siempre la cosa fue así. Antes de los años ochenta el centro era el lugar para el paseo, la compra y el encuentro.

Yo no tenía idea de lo que había pasado con el centro de la ciudad, hasta que regresé de la guerra. Un sábado de febrero de 1992, en aquellos primeros días de la posguerra, me fui con una carguita de expectativas y nostalgias a recorrer los entrañables sitios alrededor de la Plaza Libertad, en el centro histórico. Habían pasado doce años desde la última vez que había estado allí. Muchas veces, en el frente de guerra, me había dicho a mí mismo, como Pablo Milanés: “yo pisaré esas calles nuevamente”.

Había un lugar al que de manera especial quería ir: Café Bella Nápoles. Allí, en los setenta, se juntaban los poetas e intelectuales jóvenes a intercambiar poemas acabados de salir del horno, hablar de la gran literatura, de política, de todo y de nada. Fue allí donde, siendo adolescente, conocí el *Ulises* de Joyce y los portentosos versos de Saint-John Perse, las tres novelas de Ernesto Sabato y los *Poemas de la oficina*,

de Mario Benedetti.

Ese día de 1992, con el corazón acelerado, entré al Café. Por dentro parecía que el tiempo se había detenido. Todo parecía igual que doce años antes: los colores, los sabores, los olores. Muchas de las meseras eran las mismas. Hasta la dueña seguía igual, un poco más vieja, pero con el mismo aire de reina sentada en la caja como en un trono desde donde controlaba el mundo. Las meseras me reconocieron y nos abrazamos. Me preguntaron por los poetas. ¿Qué había sido de ellos durante los terribles años de la guerra?

Les conté lo que mi hermano Geovani me había relatado días atrás, durante la inolvidable noche del reencuentro con él en México. Leo Argüello, el actor, vivía en Canadá; Dago, el escultor, se fue para Los Ángeles; Napoleón López, el pintor, se fue para México; Fidel Cortez y Saúl, del grupo de teatro Sol del Río, recién habían venido de rodar por el mundo. Jaime Suárez, Mauricio Vallejo, Nelson Brizuela, Roberto Saballos y Moris Abelardo se nos murieron. La guerra nos causó bajas a los del Café, les dije a las meseras.

Hasta mediados de los setenta el Café de “los intelectuales” —ninguno tenía más de 27 o 28 años— era El Skandia, ubicado en la primera planta del Gran Hotel San Salvador, en el pleno corazón de la capital. Pero una tarde un joven pintor que regresaba de Alemania, sumamente irritado porque no le llevaban su capuchino a tiempo, salió a la calle y de un puntapié hizo añicos una de las paredes de vidrio de la cafetería.

El italiano que estaba a cargo del hotel expulsó del café a los poetas como el arcángel de la espada lo habría hecho con

Adán y Eva del paraíso. Se fueron los poetas a refugiar al Bella Nápoles, donde se convirtieron en toda una atracción por las barbas, los morrales, las pipas, las sandalias y las apasionadas discusiones políticas y literarias en torno a las humeantes tazas de café o de las heladas cervezas.

Jaime se declaraba anarquista como Durruti. Entonces lo repudiaba Roberto Saballos, quien se definía como un comunista prosoviético hasta la muerte. Fernando Zaldívar, por pura provocación, recitaba entonces, con solemnidad, los 22 puntos del partido Nacional Socialista de Hitler.

Y aunque ninguno de ellos se fue para un frente de batalla, la espada demencial de la guerra los tocó. A Jaime lo llegaron a sacar del Café unos hombres armados. Lo torturaron hasta matarlo y lo dejaron tirado en un basurero de los alrededores de la capital. A Roberto lo mataron durante un extraño tiroteo en el barrio San Miguelito. Moris Abelardo murió cubriendo noticias de la guerra. Nelson murió en un accidente de tránsito en Managua, donde vivía exiliado. Mauricio Vallejo desapareció como si la tierra se lo hubiese tragado.

Aquella tarde de 1992, recordé a mis muertos del café Bella Nápoles. Había soñado en reunirme con todos después de la guerra. Algunas de las meseras no pudieron contener las lágrimas. Salí esa tarde del café con un pensamiento de Fernando Savater: “Lo único positivo que puede sacarse de la guerra es la firme disposición de evitar por cualquier medio posible la repetición de la catástrofe”.

## *Estela cansada de guerra*

---

Me encontré con Estela en el mercadito de Antiguo Cuscatlán, justamente frente a los puestos de fruta. Fue uno de esos sorprendentes encuentros que a veces ocurren en la vida. Nos vimos un momento como un par de desconocidos que tropiezan. Pero hubo algo, un gesto, una mirada que prendió la luz de los recuerdos.

Era ella: seguía siendo la propietaria del conjunto formado por pómulos, boca y nariz, más sensual que haya visto en mi vida. Pero sus ojos habían perdido el brillo de otras épocas. De un cabello revuelto que se movía al viento con rabia, como decía el poeta, quedaban apenas mechones descoloridos peinados con sencillez. La piel trigueña, casi dorada de aquellos tiempos, era ahora más bien de una tonalidad morena triste. Pero la sonrisa de dientes blancos y perfectos estaba intacta.

Ya no tenía en el centro del pecho aquel par de lunas redondas y amenazantes que eran sus pechos. Lunas, sí, todavía, pero en su cuarto menguante. Sus hombros se habían encorvado un poco. Unas cuantas libras demás donde antes no las necesitaba y varias de menos donde antes, coqueta, las lucía. Ropa humilde, de señora que cuenta los centavos. Nos sentamos allí mismo, en algún lugar en medio del pandemónium de las cocinas del mercadito, a tomar café y conversar. Había dos décadas que poner al día.

La conocí, en los setenta, en el café Bella Nápoles, en el centro de la ciudad donde se reunían los poetas. Yo tenía 17 y ella aparentaba la misma edad. Fue una tarde de lluvia intensa. Jaime Suárez Quemain acababa de escribir un poema que decía “me preocupan más tus ojos que todo el hielo del mundo, me preocupan, es todo. Me preocupan y punto”. Una canción de Chicago, *If you leave me now*, endulzaba el ambiente. Tenía puesto un uniforme de colegio católico. Tomaba un refresco mientras hojeaba sus cuadernos.

Por la lluvia el café estaba repleto de parroquianos. Sólo en la mesa de ella había asientos disponibles. Yo era flaco y tímido. Pero me armé de valor y le pregunté si esperaba a alguien. Dijo que no y hasta me pidió que la acompañara. Andaba yo, por esos días, leyendo *Rayuela* de Cortázar. Me preguntó sobre el contenido del libro. Le platicué entonces de Oliveira y de la Maga. De París y del vino tinto. De las pasiones humanas. Se entusiasmó con los relatos. El tiempo se nos hizo eterno. Nos hicimos amigos.

Solíamos encontrarnos los sábados a media mañana, siempre en el café. Le encantaba que le hablara de poesía, sobre todo la de Mario Benedetti. Los personajes de Jorge Amado la hacían alucinar. No le gustaba leer, prefería que yo le contara las historias.

Quedó extasiada con la historia de *Gabriela, clavo y canela* y de *Teresa Batista cansada de guerra*, de Jorge Amado. Un día me dijo que tenía que contarme algo a propósito de esta última novela. Me confesó que no era ninguna estudiante de 17, sino una prostituta de 21. Era parte de una red de prostitución que manejaba un sujeto al que le decían “el Gordo”.

La estrategia del Gordo, después lo supe, era vestir a sus muchachas con uniformes de colegios católicos y lanzarlas por varios puntos de la ciudad a buscar clientes ansiosos de fantasías eróticas. Luego de la confesión de Estela, me quedé frío como la nariz de un perro. Nunca antes había hablado con una prostituta. No supe qué hacer ni qué decir.

Ella me sacó del aprieto. Me dijo que yo era su único amigo, que conmigo no se sentía puta, sino como una estudiante de verdad. Me contó, después, su historia. Un lugar común de infancia pobre, familia disfuncional, abusos y frustraciones. Trabajó en un almacén y estudió, de noche, hasta primero de bachillerato. Literatura fue siempre su asignatura favorita, “porque la ponía a soñar”. Pero una serie de circunstancias trágicas: un despido injustificado, un despecho de amor, la muerte de su madre y otros hechos hilados por la desgracia la llevaron al negocio del sexo.

Después de la confesión, no se volvió a aparecer nunca más por el café. Se vino la guerra y la tragedia sobre el país. Terminó la matanza y pasó una década más, hasta que me la volví a encontrar en el mercadito, haciendo comprados. Me contó que siguió por varios años más en el “negocio”, pero como independiente. Que cayó en el vicio del *crack*, pero que con ayuda de un pastor evangélico y otras almas piadosas, salió de ese infierno. Se dedicó, entonces, a vender ropa de casa en casa, a lavar y planchar ajeno. Nunca se casó, no tiene hijos, ni tíos, ni padres, ni hermanos, ni amigos.

A veces, me cuenta como guerrera cansada, en noches de luna llena, cuando la necesidad es mucha y la soledad mata, sale por esas calles de Dios a buscar. “Si tuviera dinero, fuera yo la que pagara con tal de que alguien me platicara un rato”,

me dice. Ahora tiene más de cincuenta años. La absoluta soledad y la tristedumbre le atenazan la existencia. Aquella, cuyo cuerpo fue acariciado por miles de manos ávidas, cuya boca fue besada por manadas de potros desbocados en los cuartos donde la lujuria tiene tarifas, no tiene quién le endulce los minutos.

Quien fue la reina de la madrugada, cartera blanca, boquita pintada, moviendo las nalgas, es ahora la viuda del alba, piel arrugada, gotita de lágrima. Estela es solo entre millares, un alma.

## El último hippie

---

La noticia me golpeó hondo en el alma. Allí estaba en el diario la foto de Roberto, tirado, al lado de un taxi, en una calle del barrio San Miguelito de aquel San Salvador terrible de inicios de guerra. El periódico decía que había muerto luego de un enfrentamiento con la policía. Las circunstancias eran confusas. Era el segundo de mis amigos escritores jóvenes que moría a balazos en menos de quince días, en aquel julio fatídico de 1980.

Eran tiempos de sangre y pelos de punta. No había lugar para medias tintas. Conocí a personas de pensar sereno, orillados, de pronto, a asumir posiciones extremas en uno u otro bando. O eras o no eras. La sociedad fracturada. Los odios a flor de piel. Y, empujado más por emociones que por reflexiones, decidí un día, como el Mambrú de la canción, irme a la guerra.

En la víspera de la partida, cuando todo mundo parecía andar de prisa y en extrañas diligencias, me encontré frente al café Bella Nápoles, vacío de poetas, a Pedro Portillo. La tarde era gris y el ambiente olía a tormenta. Pedro, como siempre, tenía un aire de “la cosa no es conmigo”. Vestía una camisa de manta de varios colores, *jeans* y sandalias. Cabello largo y barba crecida. Varios collares hechos de piedras preciosas colgaban de su cuello, pulseras de jade en las muñecas y un muestrario de anillos en los dedos.



“Me voy Pedro, esta cosa se jodió”, le dije a manera de despedida. Entonces Pedro sacó del morral de cuero, que siempre colgaba de su hombro, una especie de pluma de ave rara. Era larga y de color celeste, con lunares azules y verdes. Sin decir palabra, me la pasó por los brazos, el cuello y la cabeza. Le pregunté qué significaba aquel ritual en plena calle. “Es para que nunca te pase nada”, me dijo. Esa fue la última vez que lo vi antes marchar al frente de batalla.

A Pedro Portillo lo conocí a mediados de los setenta en el café de los poetas. Allí llegaba a conversar de teatro, poesía y música, o a negociar vasijas de barro con códigos mayas que él mismo dibujaba y que no pocos creían que eran auténticas. Yo era por entonces un adolescente, más bien conservador, pero con muchas inquietudes y curiosidades. Me hice amigo de Pedro y de los poetas.

Me contó de cómo se convirtió en *hippie* en San Francisco, en la época precisa del surgimiento de ese movimiento de la contracultura. Eran los tiempos de la reacción juvenil al creciente consumismo materialista, de rechazo a la guerra de Vietnam; todo con música de fondo de Janis Joplin, Jimmy Hendrix, Joan Baez, Joe Cocker, Jefferson Airplane, entre otros. Pero era un rechazo pacífico. “Hagan el amor y no la guerra”, “Amor y paz”, decían sus consignas.

Pero Pedro era también medio brujo. Me contó de sus experiencias con el mundo mágico de los indios yaquis de México, para quienes ciertas drogas no son un fin, sino elementos importantes en rituales religiosos. Vi sufrir a Pedro por el amor imposible de una mujer con cuerpo de flauta de quien quemó todas sus fotos y dibujos mientras escuchaba, melancólico, música de Bob Dylan. Las historias de Pedro

Portillo eran una mezcla de realismo sicodélico, maravillosa inventiva y riqueza narrativa en donde uno nunca sabía en qué momento terminaba la verdad y comenzaba la genial invención.

Y mientras el país se desbarrancaba por el abismo de la guerra, Pedro tomó partido, de verdad, por la no violencia. Nunca fue amigo del poder. Más bien, lo detestaba. Pero no lo combatía. Simplemente no se metía con él, ni dejaba que el poder se metiera con su vida. Nunca ha tenido tarjetas de crédito, ni ha votado por nadie. Jamás ha firmado ningún contrato, ni se ha comprometido con absolutamente nada. Pero aquella tarde, en las vísperas del incendio, me frotó un amuleto para la buena suerte.

Después de doce largos años de peregrinajes, balas, sustos, bombardeos y angustias, me volví a encontrar, emocionado, con mi amigo Pedro. No pienso mucho en la magia, ni en amuletos de la buena suerte, pero lo cierto es que de la guerra salí vivo y sin ningún rasguño. Pedro sigue igual que en los sesentas: es, en El Salvador, el último *hippie*.

## Regina y Eliseo

---

Regina Fe llegó a Jocoro y a todos los hombres del pueblo se les movió el tapete. Transcurrían los años sesenta. Era Jocoro un caluroso pueblo del oriente salvadoreño, católico y de calles empedradas.

Frente a la Iglesia de arquitectura colonial estaba la plaza pública con sus almendros, un frondoso amate y las banquetas de cemento en forma de sofá. Bajo la sombra del amate, en la esquina frente a la tienda de doña Elia Guillén, había un puesto de venta de refrescos. Allí llegábamos todos, niños y hombres, para aliviarnos del duro sol de la tarde, comentar los últimos eventos y ver, de reojo, a las bellezas del pueblo.

Durante la oracioncita, ese momento indefinible del día, un cielo de colores pastel se combinaba con el tañido de las campanas que don Cleofas, el sacristán, tocaba lento y acompasado para producir una inevitable sensación de quietud y melancolía.

Fue por esos años que llegó al pueblo Regina. Era de mediana estatura, blanca, de cabello castaño y de fina estampa. Eliseo Ventura que ya se había doctorado en química y farmacia en la Universidad Nacional, se había enamorado perdidamente de ella. La conoció en una fiesta de estudiantes y se le metió en el alma para nunca más salir. Eliseo era alto y de porte distinguido.

Pertenecía a una de las más tradicionales familias de Jocoro. Pero Regina tenía novio. Un caballerito de la alta sociedad capitalina. Eliseo, el del pueblito perdido en el oriente del país, llevaba todas las de perder.

Dispuesto a disputar amores, hizo de todo. Llevó serenatas con tríos que afinaban a punta de tragos y desgarramientos de corazón; regaló flores, aprendió poemas y prometió cielo, mar y tierra. Pero Regina no se fiaba de un pueblerino, por muy doctor que fuera. No era frívola, no.

Pero estaba acostumbrada a lo urbano: cine, fiestas estudiantiles, viajes, pavimento y vino tinto. Apasionada y sensual, culta y de mente abierta, era ya muy avanzada para la capital, no digamos para un pueblo tranquilo y sencillo. Pero tanto y con tanto amor insistió Eliseo, que Regina vencida, se volvió loca y aceptó los embates de aquel persistente enamorado. Se casaron.

Se fueron a vivir inicialmente a Usulután, donde fundaron un negocio de farmacia, siguiendo una tradición de la familia Ventura. Eliseo y Regina se amaban a toda hora sin tregua ni cuartel. A sol y sombra, como si el mundo se fuera a acabar mañana. Pero el mundo no se acabó y el negocio quebró. Se fueron a Jocoro.

Se instalaron en una propiedad que los Ventura poseían casi en las afueras del pueblo. Lindaba con una pequeña finca de don Juan Pablo Perla, mi abuelo. Fue desde allí, subidos en un guayabo, cuando mi hermano y yo, niños escueleros escapados, vimos estremecidos a doña Regina que con escasas ropas tomaba el sol de media mañana para broncear su blanca piel.

La visión, que duró una eternidad, quedó para siempre en la memoria y fue nuestro primer referente de la belleza femenina. Pero Regina no acababa de encajar en aquella pueblerina sociedad. Las comadres implacables encontraban en sus vestidos, en su manera musical de hablar, en su cervecita helada del mediodía, en su vino tinto de fin de semana, insumos para el chismorreó.

Ella, rebelde a su manera, las provocaba cuando de tacón de punta, blusa escotada y falda pegada al cuerpo, con singular cadencia y elegancia, caminaba por las calles empedradas para ir al telégrafo a hacer una llamada telefónica a San Salvador. Pasaba Regina. Criticaban las comadres, envidiaban las muchachas y el hombrerío suspiraba.

Eliseo le creó un mundo a la medida en aquella finquita de pueblo. Plantó jardines de begonias y orquídeas, instaló luces de colores, puso sillas y mesita al aire libre, y construyó hasta una canchita de básquetbol para que jugara con los niños. Allí Regina, en su pequeño mundo, escuchaba boleros y leía *Life* en español, tomaba el sol de media mañana luego de haberse frotado la piel con cremas importadas.

Así vivieron por décadas Regina y Eliseo, resistiendo, aquel amor y aquella pasión, el paso de los años. En la década de los ochenta, en San Salvador, Regina cerró los ojos por última vez. Sus años fueron una celebración de la vida.

Eliseo quedó solo y devastado. Poco tiempo después él también se fue, para vivir con ella y para siempre, como en el poema de Neruda, la eternidad de un beso.

## Gol de Maradona

---

La cosa es que el Pelusa la cogió antes del medio campo. El estadio ruge como león sediento de gol. Un jugador frío, alemán, por ejemplo, eficiente y calculador, hubiera desbordado por los laterales, intentado una diagonal para un compañero que de balazo la hubiera mandado a la red o por un pelito sobre el travesaño, cuando menos.

Pero este es Diego Armando Maradona. Bilardo sabe que puede ser. Porque Diego no solo desborda por las bandas, sino que también desequilibra por el centro. Delante está Inglaterra y toda su historia como inventores del fútbol y vencedores de las Malvinas.

Cerca de Diego corren otros dos argentinos. Puede tocarla para una pared. Pero no. Diego decide alegrar a las graderías. Emprende lo imposible. Bilardo, fuma que fuma, sabe que en esta fase del Mundial del 86 hay muerte súbita. Argentina entera paralizada con el corazón en la garganta.

Después de haber dejado dos en el camino rumbo al gol, a Diego le sale un inglés, el Pelusa mueve la cintura a la derecha, pero la pierna con pelota dominada va a la izquierda. El inglés queda descoyuntado. Otro de sus compañeros sufre igual suerte.

Corre, Diego, corre por el verde, verde, verde. La gente no se siente en el estadio, sino en el circo frente al gran mago,

en el teatro frente al poeta. El monstruo de los mil ojos, taquicardia colectiva, sufre, goza, siente y presente. Sí, Diego. Sí, sí, Diego regatea al tercero, al cuarto y al quinto. Esto no puede ser.

Del fondo sale el arquero. La cintura del Pelusa hace como que sí, luego como que no. Los ojos del portero se descontrolan, las manos y los pies también. Se lanza para allá y Diego, lidiando todavía con un último Sir Gallahad, la toca para acá.

La esférica se va medio suave directa, rasante y disciplinada. Pasa la línea de gol por en medio de los tres palos, besa la red, hace una cabriola y se detiene dentro de la cabaña. Enronquecen y lloran los narradores deportivos, enloquecen los argentinos, enmudecen los ingleses. El mejor gol de todos los tiempos en un Mundial.

Desde Pelé y Garrincha el mundo estaba vacío de poetas del balón. Hubo hábiles y goleadores, pero no creadores. Diego Armando Maradona, pequeño, regordete y cabezón fue el heredero de la poética del fútbol. Poética porque además de la eficiencia surgió la estética, la creación y la pasión. Como León de Greiff, diría Maradona: "Poeta soy, si es ello ser poeta". Pero no cualquiera, sino de la clase de los malditos franceses. Destructivos y autodestructivos.

Sólo alcanzan la gloria, para darse cuenta que la gloria es un asco. Que después del soneto infernal, sólo queda el vacío.

Fuera de la cancha la soledad más bulliciosa. La cocaína era para Maradona, lo que la locura para Van Gogh, la sordera de Beethoven, el alcoholismo de Darío, la pederastia de

Rimbaud, la excentricidad de Dalí, el desenfreno de Miller y las pasiones imposibles de Lorca. No hay genio sin botella.

Pero los burócratas de la FIFA, que nunca jugaron fútbol ni leyeron a Rimbaud, le declararon la guerra a Maradona. Le robaron el campeonato mundial en Italia y le trozaron las piernas en Estados Unidos con el truco de la efedrina. A Diego lo odiaron no por la cocaína y menos por la efedrina, sino porque denunció el mundo de corrupción que hay detrás del negocio del fútbol profesional.

Maradona fue un genio del fútbol, no por la droga sino a pesar de ella. La cocaína no sirve para mejorar el rendimiento deportivo, como otras drogas, sino para destruirlo. Pudo manejar la pelota, pero no la fama y los millones. Ya no vivía para sí, sino para el público.

Cayó en la droga para escapar del bullicio, para tratar en vano de encontrarse a sí mismo. Para vivir, como dice Galeano, sin la fama que no le dejaba vivir. Escogió un camino rápido para pasar su propia y larga temporada en el infierno.

Pero lo clásico perdura. Como la poesía y la música de los grandes, quedarán en el ojo de la memoria una sola imagen del fútbol de los ochenta: Maradona, corriendo, dejando rivales por el suelo, maniobra y el más bello gol de todos los goles.





Cada texto es una confesión, una historia cotidiana de esas de las que está hecha la vida, también la muerte, igualmente el amor, las canciones, y por qué no, el fútbol.

Marvin Galeas, en esta colección de relatos, nos comparte una especie de diario íntimo, una película del corazón, donde cabe la ciudad y los ausentes, la ternura y la nostalgia. Donde la guerra civil salvadoreña, lejos de las trincheras, es un personaje invisible que termina por rodear, como una niebla mortal, lo que amamos.

Nadie es pequeño en este libro y una historia puede ser la de todos. Acá los nombres no están hechos para el olvido. Esa es la magia de lo cotidiano.

colección  
**HISTORIAS  
COTIDIANAS 1**

ISBN: 978-99961-989-6-0



9 789996 198960

**B**  
El Salvador  
Books.com